

NOS RECONOCE EL TIEMPO Y SILBA SU TONADA

De *Fernando Alegría / Juan Armando Epple*

Ediciones LAR, 1987

Cuando el instrumento literario es tocado a cuatro manos por dos maestros, es natural y lógico esperar un resultado feliz. Es un hecho que el valor intelectual y protagónico de Fernando Alegría en las letras nacionales no se discute y el de Epple, nuevo y valioso ensayista que ya ejerce un amplio repertorio crítico, se sitúa cada vez más alto. Este trabajo dual de los especialistas que los lleva a explorar su tema más allá del periplo individual, junto con ser novedoso suma gratas notaciones de índole superior e implicaciones sorpresivas para el lector. Se agrega esta experiencia conjunta de Alegría y Epple a algunas otras importantes realizaciones en este campo, como lo son las de Leonidas Morales y Nicanor Parra; de Juan Antonio Massone y Pepita Turina; las de Pedro Lastra y Enrique Lihn entre nosotros. En el libro, que no es sino una conversación entre los dos escritores con el objeto de analizar la obra y el tiempo en que Fernando Alegría la realiza, el que más escribe es Epple, pero el que más habla —o de quien se habla— es Alegría. El volumen comienza con una introducción a "La Literatura como pre-texto", a la cual siguen cinco capítulos de gran interés en los que se observa una tendencia a ver ciertos lineamientos de la historia de la literatura chilena. Se alude en éstos a los "Habitantes de Wing Place", que es la casa de Alegría en California; a "La historia como poesía: una especie de memoria"; "Nos reconoce el tiempo y silba su tonada", que da el título al libro; "Literatura y crítica" y "Si vas para Chile", a los que se agrega una bibliografía, expurgada, de Alegría.

En "La Literatura como pre-texto" Epple, que es quien la escribe, traza una breve biografía de Alegría y una síntesis de su ocupación intelectual. Nos cuenta cómo el autor "ha desarrollado, en cincuenta años de intensa actividad intelectual, una sólida obra como narrador, poeta, investigador de la literatura hispanoamericana y académico". A ello suma otras notas tan apropiadas como éstas: "Fernando Alegría se ha destacado entre los escritores chilenos, por su pasión por develar la intrahistoria nacional y recrear el mundo íntimo y colectivo de aquellos héroes olvidados o negados por la historia oficial. La perspectiva que orienta su escritura no es la del simple cronista de los hechos o del aspirante a sociólogo, para quien los datos de la realidad valen en la medida en que permiten legitimar una teoría, sino la del creador que se acerca a la experiencia histórica para imaginarla y re-formularla como aventura y como ética". Quien conozca la obra de Alegría en su generosa amplitud no podrá sino concordar con esta coherente y clara visión que de ella nos entrega Epple. A ello debemos incorporar una serie de notas inéditas que Epple nos entrega y que están llenas de hechos poco conocidos, como lo es el de la creación de la revista *Literatura Chilena* que dirigió el poeta David Valjalo en Madrid y que dejó de aparecer dejando un valioso acervo documental.

Nos interesa más que nada en estas conversaciones de los autores, las elucidaciones a que llegan, entre uno y otro, sobre ciertos rincones ignorados en la obra y la vida de Alegría y en la de muchos otros autores nacionales. De ahí que el libro *Nos Reconoce el Tiempo y Silba su Tonada* se nos presente cual una totalidad que va más allá de un simple

espacio restringido tanto en lo que escribe Epple como en lo que habla Alegría. Así lo vemos diseñado, por ejemplo, cuando se habla de Wing Place. Por este lugar desfilan algunos personajes que son verdaderos arquetipos. Desde el intelectual a los poetas, narradores y políticos, hasta campesinos de Chillán que "le trabajan a la electrónica". Alegría recuerda los pasos de Cortázar por el lugar, quien "llena la casa con su criolla sencillez, su fuerza tranquila y su sabiduría sin aspavientos". También a la Mistral. La rememora desde cierta lejanía física, cuando él y su mujer eran muy jóvenes, justo después de recibir el Nobel. Otros que pasan y dejan huellas entre los moradores de Wing Place: Juan Rulfo, "un caballero de vestimentas sobrias y gestos de incredulidad"; Borges, que "se portó de modo curioso", acompañado de su mamá y a quien Alegría ofreció un agasajo *beatnic*, con el mismísimo Allen Ginsberg de cuerpo presente, Ferlinghetti, Corso y otros. Había mucho vino, como en toda casa chilena que se precie, pero Borges sólo comió un poco de jamón y tomó leche. Nosotros pensamos que Borges no pudo comportarse mejor teniendo a un energúmeno como Ginsberg al lado. Al observar a Borges más atentamente, Alegría lo contrasta con la personalidad de Sábato: "ambos hipocondríacos, se diferenciaban, sin embargo, de manera inequívoca. Borges es, en el fondo, estoico y duro. Sábato, en cambio será siempre sentimental y como desamparado". Siguen otros en la lista de los que pasan por Wing Place, todas figuras de personalidad atrayente, personajes al fin y al cabo de esta época lúdica y dramática para el hombre y su universo.

El libro contiene simbólicos y amplios espacios sobre la realidad literaria y social chilena, tema al que Alegría se ha mostrado siempre proclive, tanto en su narrativa como en el ensayo y poesía y en el que Epple no le va en zaga. Otros ámbitos de la obra develan algunas de las inquietudes más íntimas en la personalidad de Alegría y, al parecer, son puestas a flote para que nuestra comprensión del escritor sea cabal. Le gusta oír cantar pero cuando lo hace su entusiasmo lo impulsa a cantar, también, en compañía de su guitarra. Estos *in promptus* lo llevan, igualmente, a componer letras para música popular. El *Sadie Dernham Patek Professor*, de Stanford, se transforma, como vemos, y escribe cuecas y tonadas y las canta. No sólo expone el saber a los *masters* aspirantes a doctores que son sus alumnos.

La obra revela este ir y venir de Alegría por el ancho sendero recorrido y será otro de los escritos claves para conocer la sintomatología de su literatura, tanto como lo es *Una Especie de Memoria*, su novela autobiográfica. Otras de sus directas y agudas apreciaciones son aquéllas en que alude a las generaciones literarias y, muy especialmente, al ejercicio crítico nacional. Situándose alrededor de los años sesenta nos dice que no se podría hablar propiamente de crítica literaria: "Se hacía crónica periodística, gacetilla, testimonio, pero no crítica, ni siquiera historia de nuestra literatura". De Silva Castro anota: "Era el notario oficial de la literatura chilena. Su *Panorama* es generoso y abundante, pero no es una guía telefónica, cruda y fría, como dicen las malas lenguas". Alone no escapa a su ojo avizor: "Era el tambor mayor. Admiraba a la Mistral y a Neruda. Los jóvenes escritores lo enterneían. No siempre. Nicanor Parra, Luis Oyarzún y Efraín Barquiero pasaban sin tacha por el ojo de su aguja. Por mí tuvo fina deferencia que yo, ofuscado, no aprecié lo suficiente".

Agradecemos a Epple lo que nos ha escrito sobre Alegría y a éste el hablarnos y modelarnos un rostro renovado sobre la identidad de nuestra literatura.

ANTONIO CAMPAÑA

LAS SIETE PALABRAS

De Juan Antonio Massone
Ediciones Aire Libre, 1987

Cosa más que debatida ha sido, dentro de los puntos de vista del hombre contemporáneo, el acercamiento o distanciamiento —vientos contrarios y a favor— que se ve entre el arte y el sentimiento religioso. Frente a los síntomas del pesimismo del creador literario de nuestro siglo, a la falta de fe de tantos de sus protagonistas y al predominio de la angustia con sus fenómenos irracionales, fuertes núcleos de autores luchan por mostrar y re-encontrar, por entre los caminos de una comunicación más honda y sus acercamientos a la trascendencia, la razón y el refugio amparador para su arte y existencia humana.

Juan Antonio Massone es un poeta que comprende y edifica su obra lírica sobre esta última convicción. El poeta, que necesita unir de entre sus partículas dispersas la realidad total, lucha por hallar en este sentimiento la umbilicalidad necesitada. Va tras los actos que lo lleven a revelar esas zonas del ser que punzan su interioridad y su rebeldía, aquellas que buscan transformarse en expresiones humanas sujetas a la presencia y fuerza del misterio, piedra angular desde donde salen la mayor parte de las señales poéticas —y también las no poéticas— del hombre. Son los rastros que quieren borrar los signos de oposición, en la contemplación de la vida, de todo aquello que no se constituya en acto de fe.

El poeta se nos presenta, pues, en este libro como un sujeto místico, pero a quien no hay que confundir con un predicador o religioso de sacristía. El hablante no quiere hacer comprender sino entender él mismo y, de este modo, extender su pasión. Massone quiere comprobar que la verdad no es una realidad creada por el hombre solamente, sino que a la vez es o está en el acercamiento a la trascendencia o más que eso: que únicamente en ella se encuentra radicada. Esta apasionada razón de la transferibilidad de la verdad trascendente la vuelca nuestro lírico en una simple y humilde virtud mística que llega a sorprendernos aunque no nos coge de sorpresa: para saber amar es necesario haber sido amado. En la piedra angular de esta reciprocidad entre el hombre y Dios es donde la poesía de Massone encuentra y desarrolla su particularidad. Desde este lugar es de donde nacen esos llamados observantes que tienen a la divinidad como centro indispensable, que la coloca ante el poeta como el más alto don evidente, como la única realidad tangible e inmutable.

Es en esta seguridad de haber sido amado donde se afirma la esencia del discurso lírico que el poeta pronuncia en este hermoso libro *Las Siete Palabras*. Descubiertas por